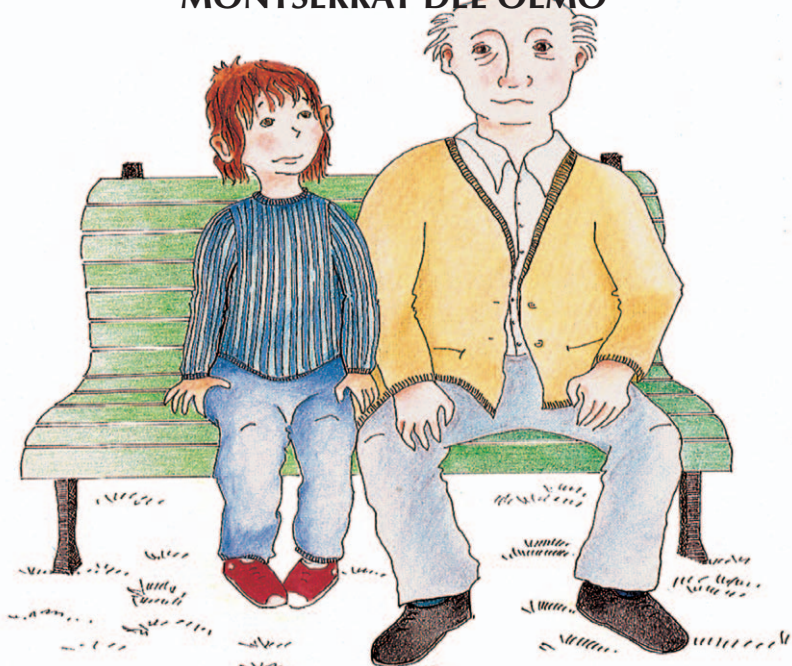


Animal de compañía

MONTSERRAT DEL OLMO



Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración
Rosario Cáceres

Diseño
Alfonso Méndez Publicidad

Impresión
Brosmac, S.L.

Depósito Legal:

ISBN: 978-84-89655-37-9

© Montserrat del Amo

© de la edición en castellano

DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es



Animal de compañía

MONTSERRAT DEL AMO

 **DYLAR**
ediciones

Montserrat del Amo



Montserrat es madrileña, escritora y licenciada en Filosofía y Letras, sección de Literatura Hispánica.

Lectora apasionada desde niña, a los quince años se presentó por primera vez a un concurso literario. Publicó su primera novela a los veinte y desde entonces ha publicado más de 50 obras de todo tipo.

Especialmente dedicada a la literatura infantil y juvenil, ha conseguido los premios más importantes (Nacional de Literatura Infantil por *El Nudo*, Premio Lazarillo por *Rastro de Dios* o CCEI por *La casa pintada*). Pero Montserrat, además, se interesa activamente por la animación a la lectura y participa en numerosos encuentros, conferencias y cursillos.

Rellena tu ficha



La autora de *Animal de compañía* se llama
..... y es una autora veterana,
porque ha escrito ya más de
..... obras de distintos
géneros.

Lo que más le interesa es la literatura infantil y ha conseguido varios premios. Uno de ellos es
....., que obtuvo
por su obra
.....

Además, procura participar en distintos encuentros y cursos sobre
para conseguir que niños y maestros se encariñen con la literatura.



El anuncio

Tarde de invierno, a la salida de la escuela.

Mario y Raúl, el pequeñajo y el grandullón de la clase, vuelven juntos a casa.

La verdad es que no se puede decir que vayan juntos: por cada diez zancadas de Raúl, Mario tiene que echar una carrerilla para alcanzarle.

—¡Eh, no tan deprisa! —protesta el pequeñajo.

Raúl reduce la marcha, pero enseguida vuelve a sus zancadas.

Al llegar a la plaza, Raúl se para a esperar a su compañero y le grita, señalando a lo alto:

—¿A que no agarras eso?

Antes de enterarse de qué se trata ni de mirar en dónde está, Mario responde:

—¡A que sí!

Porque Mario nunca rechaza un desafío, aunque salga perdiendo casi siempre. Fracasar le da igual, o al menos lo soporta. Lo que importa es el juego.

—Está bien. Cógelo. ¿A que no lo alcanzas? —insiste el grandullón.

Mario levanta la cabeza. ¿Qué es lo que señala Raúl? ¿Una piña, una rama seca, una serpentina, una bolsa de plástico que salió volando y se quedó colgada de una rama por encima de sus cabezas?

No. Es una hoja de papel pegada cuidadosamente con celo en el tronco de un árbol. Es blanca, no muy grande, escrita con letras negras y rojas. Y está muy alta.

Mario calcula la altura y Raúl se impacienta.

—¡Venga! ¡Arráncala! ¿A qué esperas?

Sin apresurarse, Mario se quita la mochila del cole, la deja en el suelo cerca del

árbol, se sube encima, levanta el brazo, palpa el tronco... pero ¡nada!

Ni siquiera llega a rozar el papel con la punta de los dedos.

—Ya me lo parecía a mí: no alcanzas. En cambio yo —presume Raúl— ¡ya verás! sin estirarme siquiera...

El grandullón se dispone a hacer una demostración de altura, pero Mario le detiene:

—¡Espera!

El pequeñajo no ganará, pero tampoco se rinde a la primera.

Trepar no puede, porque el tronco es demasiado grueso. Tal vez, engancho una cuerda en una rama... Pero no hay cuerdas a mano y el cinturón se queda corto.

Después de varios intentos, Mario se encarama en el banco más próximo, alarga el brazo, se inclina hacia adelante, pierde el equilibrio, manotea en el aire... y se cae de narices.

—¡Patatrás! —grita Raúl—. O más bien, ¡patalante! Lo que yo decía, que no lo

alcanzas. ¿Te has convencido ya, pequeño?

Mario no ceja.

—Todavía no.

Ahora empieza a dar saltos alrededor del árbol, tratando de alcanzar el papel. Se le arañan las manos y la cara con la áspera corteza, resbala, vuelve a saltar, roza el papel, lo agarra por una punta... y lo arranca de un tirón.

—¡Ya lo tengo!

Sí. Ya lo tiene: medio roto, arrugado, con tiras de celo colgando por los lados, pero en su mano.

Mario agarra su trofeo, lo ondea en el aire en gesto de triunfo como si fuera un banderín, y grita:

—¡Lo conseguí!

Y le restriega a Raúl el papel por la cara.

—¿Lo ves? ¿Lo estás viendo?

—Pues no, no lo veo —replica Raúl, quitándole importancia al trofeo victorioso de Mario y mostrando un repentino interés por las frases que aparecen escritas en el papel—. No sé qué pone en esas



letras, y no podré saberlo si no me lo dejas leer. ¿Qué pone ahí?

Raúl alarga la mano, pero Mario hace un regate.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! ¡El papel es mío!

Mario no está dispuesto a dejárselo arrebatarse. Es su trofeo. Lo necesita como prueba; para recordar después, mañana, la semana que viene, dentro de mucho tiempo, que una vez, al menos una vez en su vida, aceptó el desafío del grandullón y dio un salto y se arañó las manos y la cara, pero logró el triunfo.

Que al menos una vez, una tarde de invierno a la salida de la escuela, Mario, el pequeñajo, alcanzó lo que parecía inalcanzable.

Raúl se impacienta.

—¡Venga! ¡Dámelo! ¡Déjame que lo lea!

Mario arruga el papel, aprieta el puño y sale corriendo.

—¡Mira! ¡Aquí lo tengo! Ven a buscarlo si tanto te interesa.

Envalentonado por su anterior triunfo, ahora es Mario quien lanza el desafío:

—¿A que no me lo quitas?

Pero Raúl lanza una mirada a su alrededor y se encoge de hombros.

—No necesito tu papel —dice despectivamente—. ¡Hay muchos por aquí!

Muchos no, pero sí tres o cuatro más, pegados en algunos árboles de la plaza.

—Si quiero, cojo otro —remacha Raúl.

Hubiera sido más divertido forcejear por el papel, rasgarlo en la pelea en mil pedazos, recogerlos después y reunirlos sobre un banco, como si fuera un rompecabezas, para leer juntos lo que ponía, pero Raúl no entra en el juego.

Mario se rinde y se acerca.

—Mira. Es un anuncio.

—¿Y qué pone?

—«He perdido a mi perro» —dice Mario leyendo.

—Eso no es un anuncio, es una noticia —comenta Raúl—. Y a mí no me interesa.

—¿No te gustan los perros?

—Mucho. Pero en mi casa no admiten perros, así que yo me largo, que si me retraso, mi madre se lía con la lavadora o con la cena y ya no tiene tiempo para ayudarme a hacer las tareas. Tengo que llegar justo cuando se está tomando un cafelito.

A Mario le da igual llegar pronto que tarde: nadie le ayuda.

Decidido a continuar su camino, Raúl insiste:

—¿Te vienes?

—No. Antes quiero leer el anuncio.

—Pues yo no espero más, así que ¡hasta mañana! —dice Raúl, y se larga.

Mario se queda solo sin remedio, pero prefiere la soledad de la calle a la soledad de su casa.

Recoge la mochila, se sienta en el banco, estira el papel y le echa una ojeada. Está escrito a mano, con bolígrafo negro y rojo, y se lee muy bien porque la letra es grande y clara.

Sí, parece un anuncio, pero es muy raro porque no se trata de vender nada. Al contrario: al final, hasta ofrecen dinero.

Mario, tan perezoso otras veces para las letras, se traga éstas de un tirón, las ordena en su cabeza, junta palabras y entiende la frase a la primera.

Arriba, con mayúsculas y entre signos de admiración, pone:

«¡¡HE PERDIDO A MI PERRO!!»

Después, en letra más pequeña:

«Mi perro es un setter de tamaño pequeño, color castaño, con manchas negras en las patas delanteras. Tiene el pelo largo, que le tapa los ojos, el hocico fino y las orejas grandes. Es obediente, tranquilo y cariñoso. Atiende por Ñak. Si lo encuentras, llama a este teléfono y pregunta por Sofi. Daré recompensa».

Tras el teléfono, el anuncio termina con una frase escrita en rojo que se destaca en el papel como un grito de pena:

«¡Ayúdame a encontrar a Ñak, porque lo quiero mucho!».

Mario relee el anuncio de cabo a rabo, emocionado. Con el papel en la mano, piensa: «Menuda suerte tiene Ñak, Sofi lo quiere muchísimo».

Después de repasar los datos, dobla cuidadosamente el papel, se lo guarda en el fondo de la mochila y empieza a buscar a *Ñak* por los alrededores.

Gatos sueltos hay muchos por allí, pero por más vueltas que da Mario, no se tropieza con ningún perro perdido. ¡Con lo que le hubiera gustado encontrar a *Ñak* y llevárselo a Sofi!

Pero ya es de noche y hace frío.

Cansado de buscar a *Ñak* inútilmente, Mario se echa la mochila a la espalda y se dirige a su casa arrastrando los pies, con la cabeza gacha.